

Al terminar quedó con la vista fija al frente, como esperando algo. Y en efecto, también sus dos amigos corroboraron de inmediato sus palabras, agregando además:

—Nosotros nos marcharemos igualmente al momento.

Después de lo cual, el que parecía tener autoridad sobre los dos tomó el picaporte y cerró la puerta de golpe. El padre, a tientas, tambaleándose, se encaminó hacia su butaca, y dejó caer en ella. Parecía como si fuera a echar su acostumbrado sueñecillo vespertino, pero la exagerada inclinación de su cabeza, caída como sin consistencia, indicaba que estaba lejos de dormir.

En todo este tiempo, Gregorio había estado silencioso, sin moverse del lugar donde lo sorprendieran los huéspedes. La desilusión provocada por el fracaso de su plan, y también quizá la debilidad derivada de su mucha hambre, le impedían efectuar el menor movimiento. Temía, con sobrada razón, que muy pronto la tensión general descargaría sobre él, y esperaba. Incluso no reaccionó al estrépito que hizo el violín -- cuando resbaló de los temblorosos dedos de la madre, dejando oír el gemido de una nota resonante.

—Queridos padres —dijo la hermana dando un manotazo sobre la mesa, a modo de introducción—. Las cosas no pueden seguir así. Quizá ustedes no lo entiendan, pero yo sí. En presencia de este monstruo no quiero ni proferir el nombre de mi hermano; de manera que sólo diré que debemos tratar de deshacernos de él. Hicimos todo lo humanamente posible por cuidarle y soportarle, y estoy segura que nadie se atrevería a hacernos el más mínimo reproche. "Ella tiene toda la razón" —dijo el padre para sí—. La madre, que se hallaba aún sofocada porque le faltaba el aire, empezó a toser sordamente, tapándose la boca con la mano, y con los ojos desorbitados como una loca.

La hermana se precipitó hacia ella y le sostuvo la frente. Al padre, las palabras de la hermana le estaban induciendo a concretar algo más sus ideas. Se había levantado de la butaca y agarrado su gorra de ordenanza, que estaba entre los platos que aún quedaban en la mesa, de la comida de los hués-

pedes, y de vez en cuando echaba una mirada a la inmóvil figura de Gregorio.

—Debemos tratar de deshacernos de él —insistió ahora, categóricamente, la hermana; al padre, pues la madre, con tanta tos, no podía oír nada—. Esto terminará por matarlos a ustedes dos. Lo veo venir. Cuando uno tiene que trabajar -- tanto como nosotros, todos, trabajamos, no se puede sufrir, -- además en casa, este continuo tormento. Yo, al menos no puedo aguantar más. --Y rompió a llorar con tal desesperación y sollozos que sus lágrimas cayeron sobre el rostro de la madre, quien se las limpió maquinalmente con la mano.

—Querida niña —dijo entonces el padre compasivo y con evidente comprensión—. ¿Pero qué podemos hacer? —La hermana se limitó a encogerse de hombros como para exteriorizar el sentimiento de impotencia que se había adueñado de ella mientras lloraba, y que contrastaba con la seguridad de que antes hiciera gala.

—Si él pudiera comprendernos —dijo el padre en tono un tanto equívoco.

Mas la hermana, sin dejar de sollozar, hizo un ademán -- vehemente con la mano, dando a entender que eso estaba totalmente descartado.

—Si pudiera comprendernos... —repitió el padre, cerrando los ojos como para reflexionar sobre la convicción de Grete en cuanto a lo imposible de tal suposición--, entonces quizá podríamos llegar a un acuerdo con él. Pero dadas las -- circunstancias...

—¡Debe irse! —exclamó la hermana—. Es la única solución. Quítese usted la idea de que se trata de Gregorio. El -- que lo hayamos creído todo este tiempo ha dado origen a todos nuestros sinsabores. ¿Es que esto puede ser mi hermano? Si esto fuera Gregorio ya hace mucho que hubiera entendido que -- los seres humanos no pueden vivir con semejantes animales. Y él mismo habría resuelto marcharse. Entonces habríamos perdido a Gregorio, pero nosotros seguiríamos viviendo y enalte-- ciendo su memoria. En tanto que así, este animal nos persi-

que, ahuyenta a los huéspedes, y es obvio que quiere adueñarse de toda la casa y arrojarnos al arroyo. ¡Mira papá —gritó de repente— ya comienza de nuevo! Y, en un acceso de pánico que a Gregorio le pareció injustificado, la hermana -- apartó de sí con violencia el sillón y hasta dejó a la madre, como si optara por sacrificarla antes de estar cerca de su hermano, y corrió a esconderse detrás del padre, quien desconcertado, al verla tan sobresaltada, se puso en pie e hizo ademán de extender los brazos para protegerla.

Sin embargo, Gregorio no tenía la menor intención de asustar a nadie, y mucho menos a su hermana. Lo que hacía no era sino tratar de dar vuelta para regresar, arrastrándose, a su habitación; operación sin duda sobrecogedora, porque dada su impotente condición no podía ejecutar el difícil movimiento de darse vuelta a no ser que levantara la cabeza y luego la apuntalara en el suelo repetidamente. Se paró, mirando a su alrededor. Parece que habían comprendido su buena intención: la alarma fue sólo momentánea. Ahora todos le observaban en melancólico silencio. La madre yacía en su butaca, con las piernas estiradas y muy juntas, y los ojos casi cerrados por repentina fatiga. El padre y la hermana se habían sentado uno al lado del otro, y la hermana rodeaba con su brazo el cuello del viejo.

—Ahora quizá pueda seguir dándome la vuelta —pensó Gregorio, iniciando de nuevo su tarea. No lograba contener sus resoplidos, y de vez en cuando se detenía para recobrar aliento. Pero nadie le apremiaba; se le había dejado en completa libertad. Cuando terminó de dar la vuelta, comenzó inmediatamente la marcha atrás en línea recta. Le asombró la distancia que le separaba de su habitación, y no podía entender cómo en su actual estado de debilidad había logrado, un rato antes, hacer ese mismo viaje casi sin darse cuenta. Preocupado en avanzar lo más rápido posible, apenas si se percató de que ningún miembro de la familia le azuzaba con palabras o gritos. Sólo al llegar al umbral de la puerta volvió su cabeza; y no completamente, porque los músculos del cuello los sentía un poco rígidos, pero sí lo suficiente para ver que a sus espaldas nada había cambiado, a no ser que su hermana se había puesto en pie. Y su última mirada la dirigió a su madre, que ahora estaba dormida.

En cuanto entró a su habitación cerraron apresuradamente la puerta, pusieron el pestillo y echaron la llave. El estrepitoso ruido que con este motivo oyó a sus espaldas, le asustó en tal forma que se le doblaron las patas. La hermana era la que tenía tanto apuro. De pie, estaba lista en espera de la ocasión de poder precipitarse a encerrarlo. Gregorio ni la oyó acercarse.

—¡Por fin! —exclamó ella mirando a sus padres, al tiempo que le cerraba con llave.

—¿Y ahora? —se dijo Gregorio mirando a su alrededor, en la oscuridad. Rápidamente se convenció de que estaba totalmente imposibilitado de moverse. Cosa que no le sorprendió; más bien hubiera encontrado realmente extraño que le fuera posible hacerlo con sus débiles patitas. Por otra parte se sentía relativamente a gusto. En verdad que tenía dolorido todo el cuerpo; pero le pareció que estas dolencias iban en gradual disminución y creía que, finalmente, acabarían por desaparecer. La manzana podrida, incrustada en su espalda, y la inflamación, que se veía blanquecina por el polvo, le molestaban un poco. Pensaba en su familia, con ternura y amor. En él era más fuerte, si cabe, que en su hermana, el convencimiento de que debía desaparecer.

Y en ese estado de ociosa y dulce meditación siguió hasta que en el reloj de la torre de la iglesia dieron las tres de la madrugada. En la ventana volvió a ver la luz del alba que clareaba al mundo exterior. Después, contra su voluntad, su cabeza se hundió totalmente, y su hocico despidió un débil y último aliento.

En la mañana temprano, cuando entró la asistente —que con su fuerza e impaciencia daba tales golpes en las puertas que desde que llegaba nadie en la casa podía seguir gozando de descanso, con todo y con que se le rogó que no se comportara así— para hacer su acostumbrada visita a Gregorio, no advirtió nada extraño en el cuarto. Creyó que Gregorio yacía inmóvil a propósito, para demostrar su enojo, pues le encontraba capaz de razonar perfectamente. Ya que llevaba en la mano una escoba de mango largo, se le antojó hacerle cosquillas a Gregorio desde la puerta.

Pero viendo que con esto no reaccionaba, se sintió desafiada, y empezó a aguijonearle un poco más fuerte, y sólo luego de empujarle por el suelo sin hallar oposición alguna, lo miró con detenimiento, no tardando mucho en percatarse de lo ocurrido; abrió desmesuradamente los ojos, y se le escapó un gemido. Pero no perdió mucho tiempo, y abriendo con brusquedad la puerta de la alcoba de Samsa, gritó a todo pulmón, en la oscuridad:

—¡Vengan a ver esto: está muerto! ¡Ahí está, muerto y bien muerto!

El señor y la señora Samsa se incorporaron en su lecho matrimonial, y antes de que se dieran cuenta de lo que la sirvienta les estaba anunciando, tuvieron mucha dificultad para recobrase del sobresalto. Pero luego se bajaron en seguida de la cama, cada quien por su lado. El señor Samsa se echó una manta sobre los hombros y la señora Samsa llevaba sólo su camisón de dormir; y en estas fachas entraron a la habitación de Gregorio. Entre tanto también se abrió la puerta de la sala de estar, donde dormía Grete desde que llegaron los huéspedes. Grete estaba vestida completamente, como si no se hubiera acostado, cosa que también hacía suponer la intensa palidez de su rostro.

—¿Muerto? —exclamó la señora Samsa, mirando en forma interrogativa a la asistente, aunque podía comprobarlo por sí misma; y el hecho era bastante obvio para que precisara de averiguación.

—Yo diría que sí —respondió la asistente, empujando un buen espacio con el escobón el cuerpo inerte de Gregorio, y haciéndolo a un lado como probando lo que decía. La señora Samsa hizo ademán de detenerla, pero se contuvo.

—Bien —dijo el señor Samsa —ahora demos gracias a Dios—. Se santiguó y las tres mujeres hicieron lo mismo. Grete, que no dejaba de mirar el cadáver, señaló:

—Miren lo flaco que estaba. Claro que hacía tiempo que ni comía nada. Ni tocaba los alimentos. —Indudablemente que el cuerpo de Gregorio estaba todo plano y seco. Sólo

en este momento se daban cuenta del por qué ya no le sostenían sus patitas, y nadie apartaba de él la vista.

—Grete, ven un momentito con nosotros —dijo la señora Samsa sonriendo tristemente. —Y Grete, no sin mirar hacia atrás al cadáver, siguió a sus padres al dormitorio. La asistente cerró la puerta y abrió la ventana de par en par. Es cierto que aún era muy de mañana, pero se percibía cierta tibieza en el aire fresco. Después de todo ya era fines de marzo.

Los tres huéspedes salieron de su alcoba y se sorprendieron al no ver su desayuno. Nadie se había acordado de ellos.

—¿Dónde está nuestro desayuno? —preguntó impaciente a la asistente el señor que parecía tener más autoridad de los tres.

La mujer se puso el dedo sobre los labios, y sin hablar palabra, sólo por señas, les acució para que entraran a la habitación de Gregorio, ahora inundada de claridad. Y así lo hicieron, permaneciendo allí, alrededor del cuerpo de Gregorio, con las manos metidas en los bolsillos de sus ya raídas levitas. En esto se abrió la puerta de la alcoba y apareció el señor Samsa, de uniforme, llevando de un brazo a su mujer y del otro a su hija. A todos se les notaba haber llorado algo, y Grete escondía de vez en cuando el rostro en el brazo de su padre.

—Salgan ustedes en seguida de mi casa —dijo el señor Samsa, indicando la puerta, pero sin soltar a las mujeres.

—¿Qué quiere usted darnos a entender con esto? —preguntóle el huésped de más autoridad, un poco desconcertado, y con tímida sonrisa. Los otros dos permanecían con sus manos entrelazadas a la espalda, frotándose las, como si esperaran jubilosos una disputa de la que saldrían ganadores.

—Quiero darles a entender exactamente lo que digo —repuso el señor Samsa, avanzando con sus dos acompañantes de frente hacia el huésped. Este se quedó un momento silencioso,

mirando al suelo, como si su mente fuera ordenando sus pensamientos.

—Si es así, nos marchamos —dijo al fin, dirigiendo la mirada al señor Samsa como si en un repentino acceso de humildad estuviera esperando autorización incluso para esto.

El señor Samsa se limitó a abrir mucho los ojos y afirmar, inclinando una y otra vez su cabeza.

En seguida, el huésped se dirigió a grandes pasos al recibidor; sus dos compañetos, que estuvieron escuchando y que momentos antes habían dejado de restregarse las manos, salieron pisándole los talones y dando saltos, como si temieran que el señor Samsa entrara al vestíbulo antes que ellos, separándoles de su líder. Una vez en el recibidor los tres agarraron del perchero sus respectivos sombreros, tomaron sus bastones del paraguero, hicieron una reverencia, silenciosa y aban donaron la casa.

Con una desconfianza totalmente infundada, como luego se demostró, el señor Samsa y las dos mujeres salieron al descansillo, y reclinados sobre la barandilla observaron cómo esos tres señores, lenta y continuamente iban bajando la larga escalera, perdiéndose de vista al llegar a la vuelta que daba ésta, en cada piso, y reapareciendo a los pocos momentos.

Conforme iban bajando, disminuía el interés que hacia ellos tuviera la familia Samsa. Y cuando el muchacho de la carnicería, que llevaba con orgullo su cesto en la cabeza, se cruzó con ellos para continuar subiendo, el señor Samsa y las mujeres dejaron la barandilla, y como sintiéndose aliviados de un verdadero peso, se entraron en su departamento.

Decidieron dedicar ese día para descansar y salir a dar un paseo; no sólo porque merecían mucho tomarse un respiro en el trabajo, sino porque les era absolutamente indispensable. Se sentaron pues a la mesa, y se pusieron a escribir tres cartas de disculpa. El señor Samsa a su principal, la señora Samsa al dueño de la tienda, y Grete a su patrón. Estaban absortos en la escritura, cuando entró la asistente

para comunicar que se iba, puesto que había terminado su trabajo de la mañana. Ellos, al principio se limitaron a mover afirmativamente la cabeza sin prestarle mayor atención, pero al ver que ella no se iba, levantaron la vista con enojo.

—¿Qué ocurre? —inquirió el señor Samsa.

La asistente, con una sonrisa a flor de labios, permanecía en el umbral como si tuviera alguna buena noticia que dar a la familia, pero dando a entender con su forma de actuar — que sólo lo haría luego de las correspondientes y adecuadas preguntas. La plumita de avestruz tan tiesa en su sombrero, y que ya encocoraba al señor Samsa desde el mismo día en que esa mujer entró a su servicio, se bamboleaba alegremente en todas direcciones.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó la señora Samsa, que era la persona a quien más respeto demostraba la asistente.

—¡Oh! —respondió ésta, riéndose con tantas ganas que ni hablar podía—, pues de que ya no tienen ustedes que preocuparse de cómo deshacerse de esa cosa que había ahí en la otra habitación. Ya quedó todo dispuesto.

La señora Samsa y Grete se inclinaron de nuevo sobre sus cartas, preocupadas en lo que estaban haciendo; y el señor Samsa, barruntando las intenciones de la sirvienta, de contarle todo detalladamente, la detuvo con un gesto enérgico. La asistente, al ver que no la dejaban contar su historia se acordó de que tenía prisa.

—¡Queden con Dios, todos! —dijo muy ofendida—. Con gran ímpetu dio media vuelta y dejó la casa dando un tremendo portazo.

—Esta noche la despediré —dijo el señor Samsa. Pero, ni su mujer ni su hija le contestaron, ya que la asistente parecía haber vuelto a perturbar aquella tranquilidad tan recientemente lograda. La madre y la hija se incorporaron y se allegaron a la ventana, junto a la cual se quedaron abrazadas. El señor Samsa giró su butaca para mirarlas, y las estuvo

observando por un momento, calmadamente. Luego las llamó:

—Bueno, vengan para acá —dijo—. Ahora, pelillos a la mar, y tengan un poco de consideración también conmigo.

Las dos mujeres se apresuraron a obedecerle, fueron hacia él, le acariciaron, y terminaron de escribir sus cartas.

Después salieron los tres juntos, lo que no hicieron desde hacía meses, y agarraron un tranvía para ir a tomar aire puro a las afueras de la ciudad. El tranvía, del que eran los únicos viajeros, estaba inundado de la cálida luz del sol. Muy a gusto recostados en sus asientos, cambiaron ideas sobre las perspectivas para el futuro, y llegaron a la conclusión de que bien miradas las cosas el porvenir no se presentaba tan mal, ya que sus colocaciones —sobre las que aún no se habían informado detenidamente entre sí— eran estúpidas, y probablemente mejorarían en lo sucesivo. Lo que de momento más les convenía era cambiarse de casa, y esto sería una mejoría. Querían un departamento más pequeño y más económico y, también, mejor ubicado y más práctico que el actual, que fue escogido por Gregorio.

Y, mientras así conversaban, el señor y la señora Samsa se dieron cuenta, casi al mismo tiempo, de la creciente vivacidad de su hija, la que a pesar de todos los sinsabores de los últimos tiempos, que hicieron palidecer su semblante, era ahora una linda muchacha lozana, llena de vida. Tranquilizados, y casi sin darse cuenta, intercambiaron miradas de entendimiento, coincidentes en la conclusión de que ya era tiempo de buscarle un buen esposo.

Y cuando, al llegar al final del viaje la hija se puso en pie la primera y estiró su cuerpo juvenil, pareció como si viniera a confirmar, así, los nuevos sueños y excelentes intenciones de sus padres.

GENERACION PERDIDA

HEMINGWAY, ERNEST.

Ernest Hemingway (1898-1961), nació en Oak Park (Illinois, Estados Unidos), hijo de un médico, pasó su adolescencia en los bosques de Michigan, mientras colaboraba en los periódicos intermitentemente. Voluntario en las filas italianas durante la Primera Guerra mundial, resultó herido. Corresponsal en Europa durante mucho tiempo, fue típico representante de la "generación perdida". Viajó por Africa, asistió a la guerra civil española, y terminó su vida en Cuba, al parecer por suicidio. Dejó tras sí una figura legendaria de hombre vitalista y varias obras maestras como: Adiós a las armas, Más allá del río, Tener o no tener, Muerte en la tarde, París era una fiesta, Las nieves del Kilimanjaro, Por quien doblan las campanas, El sol también sale, El viejo y el mar, La quinta columna, etc.